

España en la obra de Simone de Beauvoir

En el inicio mismo de los años treinta, conocido y poseído Sartre y hecho el desamarrar definitivo del universo burgués de su niñez y adolescencia, Simone de Beauvoir va a conocer España. Destino individual y colectivo convergerán así en una primavera de ilusiones. Después de la Revolución rusa y salvo los fugaces brotes de algunas naciones centroeuropeas, no ha existido en el Viejo Continente —ni en el mundo, si exceptuamos, muy parcialmente, a China— ningún pueblo que haya decidido recuperar sus destinos. La Segunda República española, en rápido paso hacia un régimen comunista a los ojos de los círculos más avanzados de la elite progresista europea, encandilará la imaginación y excitará la esperanza en el pronto advenimiento de una nueva era histórica presidida por el proletariado.

Así, en el verano de 1931, al planear sus primeras vacaciones en el extranjero, Simone y Jean Paul no tendrán duda en elegir. No se arrepentirán de su opción. La Península deslumbrará a una joven que, tiempo adelante, conocerá todos los rincones del pequeño Planeta Azul.

Figueras, primera etapa de su itinerario, le sumergirá ya de pleno en la realidad española. La flamante profesora de instituto creará empaparse de vida y ensueños románticos en su contacto con esta geografía fronteriza: «Ninguno de los dos había cruzado nunca la frontera y cuando vimos en Port-Bou los tricornos barnizados de los guardias civiles nos sentimos inmersos en pleno exotismo. Nunca olvidaré nuestra primera noche en Figueras; habíamos reservado habitación y comido en una pequeña posada; caminábamos alrededor de la ciudad, la noche caía sobre la llanura y nos decíamos: ‘Es España’».¹

Muy poco después, Barcelona acabará por ganar a la neófita a su nuevo culto. El escenario es, en verdad, fastuoso —luminosidad mediterránea, cosmopolitismo acendrado, belleza arquitectónica, pintoresquismo inigualable de barrios y ambientes menestrales—; y los actores no le irán a la zaga; todo el hervor, toda la energía creada por el cambio de régimen crepitará en la ciudad con mayor fuerza que en parte alguna. Para que nada falte y sus deslumbrados visitantes experimenten toda la gama de emociones, una revolución dentro de la revolución se producirá durante su estancia. Un intento frustrado de revuelta anarcosindicalista pondrá en relación a Simone con un anarquismo que en Cataluña mana más anchamente que en ningún otro lugar del mundo.²

¹ S. de Beauvoir, *La plenitud de la vida*. Barcelona, 1984, p. 73.

² *Ibíd.*, p. 75.

La futura autora de *Los Mandarines* no pensará como Edmundo d'Amicis a finales del siglo XIX que el Principado constituye un prólogo demasiado hermoso para un libro mediocre. Castilla, siguiente estación en la ruta de «Castor», le mantendrá en el mismo estado de gracia. A su llegada, la capital de la nación atraviesa por incontable vez uno de sus paisajes favoritos. Las cábalas y rumores de todo género propician chácharas interminables en torno a los veladores de café y cervecerías. Cada cual canta su copla y acomoda el porvenir a sus ambiciones y proyectos. Fernando, el amigo pintor de la pareja y su anfitrión en la Villa y Corte, ve hecha ya realidad una Rusia española. Lástima que este artista, conocedor probablemente de Rafael Alberti y María Teresa León, no los pusiera en relación con otra de las más célebres uniones del mundo cultural de la postguerra. Sin duda, habrían acrecentado las simpatías de Beauvoir y Sartre por las reivindicaciones y anhelos de las clases populares, las más observadas por los dos prometedores filósofos.

Éstos tal vez no necesitarían de la charla animosa y profética de la otra joven pareja para que su temperatura espiritual se acompasase a la atmosférica. Los toros y el Prado se encargarán de ello. Los registros de la intuición y sensibilidad de la autora de *El Segundo Sexo*, espoleados por el desafío, desplegarán una capacidad de captación, en verdad, asombrosa. Todo el misterio que envuelve la lucha en el ruedo entre el animal y el hombre fue aprehendido por Simone de Beauvoir con sólo la asistencia entusiasmada a dos o tres corridas.

Si, como defienden los aficionados a la fiesta nacional, ésta encarna parte del carácter hispano, en la segunda pinacoteca del mundo, uno de los máximos exponentes también de aquél, conforme al parecer de reputados críticos, centrará la atención de Beauvoir y Sartre. Frente al Greco, que de él se trata, el pincel de Goya le despertará menos interés.

Aunque la trepidante vida de Madrid durante aquel verano climatérico no hace decaer un instante el arrobamiento de quien escribiera ese gran testimonio-novela intitulado *La sangre de los otros*, Ávila, Segovia, Toledo... arrebatan a la imaginativa parisiense, en que sueño y realidad se confunden en mezcla que pocas veces volverá a ocurrir en la existencia de tan sensitiva trotamundos. «En Ávila, por la mañana, abrí los postigos de mi cuarto; vi, contra el azul del cielo, torres soberbiamente erguidas; pasado, porvenir, todo se desvaneció; no había sino una gloriosa presencia: la mía, la de las murallas, era la misma y desafiaba al tiempo.»³

Emprendido el retorno con algunas pequeñas desviaciones del camino tradicional, poco a poco las piezas vuelven a encajarse. Tras el ardiente estío español, de los secarrales y parameras, la querencia del verde y del otoño se encontrará colmada al pisar suelo francés —«Me había gustado la dureza de las mesetas castellanas pero me alegró encontrar en las colinas vascas un otoño con olor a helechos»—. ⁴

³ *Ibíd.*, p. 79.

⁴ *Ibídem.*

Segundo viaje por España: Andalucía

La flecha española ha quedado clavada en el espíritu de la pareja Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre. Vendrán los días y trabajos de 1932 y la imagen de sus hombres y paisajes incandescentes no se borrarán.

Sin Andalucía, la visión española quedaría mutilada para unos franceses que, a pesar de su iconoclastia burguesa y su anticonvencionalismo, se sienten a sus anchas en la compañía —libresca— de sus grandes viajeros del XIX. Sevilla, Cádiz y Ronda constituyen los vértices de su más morosa penetración por las tierras ardientes del Mediodía español, tan cercanas a Marruecos, otro de los países que vibrará siempre con fuerza en las emociones y recuerdos de ambos escritores. La excursión no será esta vez solitaria. Un matrimonio amigo les acompañará. Más libertad de acción y menos de comunicación y confidencias. Como contrapartida, los trenes y autobuses del año anterior serán sustituidos por un potente automóvil.

Tras una breve incursión a las Baleares, y como antesala andaluza, el Marruecos español. Tetuán, Xauen...: colorido, fuerza, atraso.⁵

En Sevilla, el panorama no cambia sustancialmente; pero aquí el anhelo de progreso es un factor activo y dinámico, especialmente en los sectores obreros.⁶ Sevilla «la Roja», la ciudadela del comunismo hispano de la época, con unas clases nobiliarias ancladas en la feudalidad y un proletariado militante, les abrirá el cofre de sus encantos... y de sus zozobras. Semejaba que la historia deseaba que Simone de Beauvoir hiciera de fedataria de las primeras grandes convulsiones de la Segunda República española. Nada menos que la «Sanjurjada» coincidió con su llegada a la capital de Andalucía. La simultánea presencia en ésta de uno de los hombres decisivos en la instauración del nuevo régimen revelaba la extrema confrontación ideológico-social de la urbe hispalense, como hemos expuesto más arriba.⁷ El ascendiente de los poderes tradicionales era tan poderoso que cabía contar, como lo había hecho el general Sanjurjo, con su apoyo para dar un vuelco completo a la situación política.⁸ Aunque sucinta, es muy sabrosa y penetrante la descripción de Simone, con algunas notas de gran valor documental. «Una gran muchedumbre corría por las calles gritando, cantando, vociferando. La seguimos; en la calle de las Sierpes, bajo los toldos, algunos círculos aristocráticos ardían. Mientras los bomberos se acercaban sin mucha prisa, la gente se puso a gritar “¡No los apaguen!” “No teman —dijeron los bomberos—; no tenemos prisa”. Esperaron para accionar sus mangueras a que todo el mobiliario se hubiera consumido.»⁹

Tragedia y comedia se alternan en la vida, sobre todo, en la de las exuberantes ciudades meridionales. Y así, a punto estuvo nuestra autora de verse envuelta en un susto mayúsculo al vestir inadvertidamente una indumentaria, moteada de flores de lis, con los «colores monárquicos».

⁵ *Ibíd.*, p. 100.

⁶ J. M. Cuenca Toribio, *Gentes y momentos de Sevilla*. Sevilla, 1967.

⁷ Vid. *la excelente recreación de N. J. Salas*, *Muerte en Sevilla*. Barcelona, 1986.

⁸ Cfr. *la magnífica tesis doctoral de J. M. Macarro*, *La utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República*. Sevilla, 1985.

⁹ S. de Beauvoir, *La plenitud...*, p. 101.